

milagro de la creación, por más que tal pueda desprenderse al verme considerar al animal únicamente como un producto exclusivo de su patria, y al ver que no ahondaba antes la cuestión acerca de la manera de ser de esa homogeneidad, cuando la ciencia no puede proporcionar pruebas ciertas que descansen en un fundamento natural para esclarecer esa cuestión. La resolución de la misma la encomendaré no á aclaraciones, sino á simples hechos.

Vemos desde luego que los monos tienen el mismo color de los lugares que habitan: su pelaje es comunmente pardo, verde y gris, y corresponde al de los troncos de los árboles, del follaje, de la yerba y de las rocas donde se encuentran. Todos los quirópteros arborícolas son pardos ó verduscos, y los que duermen en las grutas ó en las grietas de las rocas, tienen el color de estas ó del crepúsculo. Entre los carnívoros hay muchos que son la imagen viva de su país: el lobo es de color de tierra; los tintes pardo-leonado ó gris de su pelaje se combinan con todos los de la localidad donde reside. El zorro tiene el color general de los bosques que habita: su congénere del norte, la zorra azul, es en invierno de color de nieve, en verano de color de roca, y otro de sus semejantes, el fenec, tiene la tinta isabela del desierto. La hiena, animal nocturno, es gris, esto es, del color que mejor escapa á la mirada: el león, el leopardo, el lobo-tigre y el cerval son verdaderos animales de las estepas; el fondo de su pelaje es amarillo pardusco, pero cubierto de manchas de distintos colores como los que se observan en los puntos que habitan. Los gatos del norte, cuyo pelaje es de fondo gris, ostentan el color que mejor indica su sombría patria y sus oscuras noches. El caracal es todavía un verdadero animal del desierto; las listas negras del tigre recuerdan en cierto modo los tallos de los bambúes, entre los cuales vive, y las manchas del leopardo, las breñas de variados colores del Africa central. Las ginetas y las civetas nos representan verdaderos animales terrestres: un gris verdusco, difícil de describir y que se armoniza con todos los tintes, es su color dominante.

El pelaje de los mustélidos indica su gran diversidad: la marta es parda, la garduña gris, el veso leonado y la comadreja, blanca en el invierno. Nuestro oso tiene un color pardo de tierra; el oso blanco, de nieve, ó de hielo, y el ratón, de corteza de árbol. Los marsupiales son también de color de tierra, de yerba ó de corteza, disposición muy marcada en los roedores, y sobre todo en las liebres, á las cuales, como saben muy bien todos los cazadores, es muy difícil ver en su cama. Su color se confunde de tal modo con el de la tierra, que se puede pasar á cinco ó seis metros de distancia sin ver el animal. La liebre del desierto es de color isabela; la del norte ó de las altas montañas tienen un pelaje de invierno y otro de verano, y el conejo que habita en sus madrigueras es gris.

Nuestra ardilla tiene el color pardo de la corteza del pino; la ardilla del norte y el galeopiteco le tienen como la corteza del abedul; los arvícolas son de un gris oscuro; los gerbos del desierto, de un amarillo leonado, y los de las estepas son de un amarillo pardusco, y á veces rayados. Entre los rumiantes, diríase que los ciervos llevan la librea del bosque; las gamuzas, los renos y los machos cabríos, la de las rocas, y los antílopes, la de las estepas ó del desierto. Entre los solípedos, el cuaga, la cebra y el asno salvaje son verdaderos animales de las estepas; el gris indefinido de los multiungulados indica los del pantano; y en una palabra, podemos decir que la regla es general y muy raras las excepciones.

Nadie se equivocará al asegurar que un mamífero gris verdusco ó gris plateado, es arborícola; que un mamífero gris oscuro, amarillo leonado, gris rojo, color de tierra ó blanco de nieve, es terrestre. El amarillo isabela es el color

del desierto; el amarillo oscuro, de las estepas, y el gris ceniciento, el de las rocas. El gris predomina en los animales nocturnos, y en los diurnos se mezcla con otras tintas. Un color mal determinado indica un género de vida muy variable; si está bien definido, revela una morada muy reducida; el mamífero que es de color amarillo uniforme habita los desiertos, y el que le tiene blanco vive entre las nieves.

No todos, pero sí muchos mamíferos, cambian anualmente por decirlo así su traje, lo cual apenas puede compararse con el cambio de plumas que observamos en las aves. En los animales de aquella clase que están cubiertos de escamas, especialmente en los escamosos y armadillos, se cambia únicamente, según todas las probabilidades, la fuerte parte escamosa; en los que llevan una especie de armazón de cerdas, como sucede en el erizo y en el puerco-espín, se desprenden indudablemente muchos de esos pelos metamorfoseados; lo que falta saber es si esto sucede con la misma regularidad que el cambio de pelaje en los mamíferos que lo poseen. En los cetáceos se verifica el cambio de su mucilaginosa piel del mismo modo que nosotros mudamos la epidermis; sin embargo, no son muy completas las observaciones que acerca de este punto se han hecho. Entre los monos, especialmente entre los antropomorfos, he notado mas bien que un cambio de pelaje determinado, regular y periódico, un cambio gradual y continuo, lo cual sucede de una manera marcada en los animales que habitan en los trópicos. Los mamíferos del norte cambian de pelo todos sin excepción y de un modo casi esencialmente análogo. Después que la estación fría ha pasado y la primavera luce sus galas, van perdiendo sus fuerzas las raíces de los pelos existentes y caen así las cerdas como el pelaje lanoso; y simultáneamente nacen otras, cambian con bastante rapidez y muy sutilmente el pobre tejido del antiguo pelaje, que, si es abundante, durante mucho tiempo permanece adherido al cuerpo y poco á poco va desprendiéndose; pronto comienza el cambio de pelaje en los animales lanosos, cuyo rápido desarrollo se verifica durante el año. Por esto el vestido de verano de los mamíferos de las especies superiores y de los que están adornados con un *cinturon montañoso* (?) se compone principalmente de crines, mientras en el de invierno prepondera la lana, cuando aquellos empiezan á perderlas al comenzar la estación fría. Así acontece por ejemplo en nuestras especies mas salvajes, cuya cubierta durante el verano se compone de crines, con algunas pocas excepciones en que está formada de lana, al paso que durante el invierno se compone de esta última. Un doble pelaje, es decir, un completo cambio de vestido durante la primavera y el otoño no tiene lugar á mi modo de ver, en ningún mamífero; siendo empero posible que á él siga una nueva coloración. El cambio de pelaje comienza bruscamente, el crecimiento del nuevo pelo se verifica gradualmente, á no ser que sobrevenga de pronto un mal tiempo, en cuyo caso tiene lugar con mas rapidez.

Algunos observadores han admitido que la piel de tales animales, que poseen un pelaje oscuro durante el verano y blanco durante el invierno, están sujetos á dos cambios de pelaje en un año, opinión que es errónea, según he podido ver irrefutablemente observando con atención algunos zorros y liebres de las nieves. Aun en este caso lo prodigioso, lo difícilmente comprensible se reduce á que en ellos el cambio de pelaje se verifica proporcional y progresivamente.

SOCIABILIDAD.—La mayor parte de los mamíferos son sociales y se reúnen con sus semejantes, ó con animales de especies distintas, en bandadas mas ó menos numerosas. A veces forman grandes rebaños.

Reúnense mas bien por necesidad que por tener un género

de vida idéntico; ante la línea de fuego de una estepa incendiada vense huir juntos, y sin que traten de molestarse, los mas encarnizados enemigos.

En cada manada figura como jefe el animal mejor dotado, y exige una obediencia absoluta. Entre los rumiantes, las hembras viejas, sobre todo las que no tienen hijuelos, son las que toman el mando; y hay otros animales, como los monos, por ejemplo, que reconocen por jefe al macho; mas no alcanza esta distinción sino después de encarnizados combates en los que debe obtener la victoria. En este último caso, la fuerza brutal es la que domina; en el otro es la experiencia ó la buena voluntad. En todos los animales sociables, el jefe atiende á la defensa y seguridad de toda la agrupación, protegiendo á los individuos mas débiles, por los cuales se sacrifica á veces. Los mas fuertes y menos inteligentes se colocan alrededor de los mas valerosos y expertos y los obedecen para estar mas seguros.

Ciertos mamíferos viven solitarios, y esto se observa con preferencia en los machos mas viejos, que por su carácter maligno y arisco son expulsados del rebaño, ya que no se aislen ellos por su voluntad. Hay otros que pasan naturalmente su vida en un retiro y se hallan continuamente en guerra con sus semejantes. Entre estos, el vencedor devora con frecuencia al vencido.

DIURNOS Y NOCTURNOS.—La mayor parte de los mamíferos velan de día y duermen por la noche, pero casi en todos los órdenes existen animales diurnos y nocturnos. Algunos no tienen hora fija para dormir; velan ó duermen según sienten la necesidad de hacerlo, y entre estos se cuentan los mamíferos marinos y los terrestres, que habitan los países polares. En suma: hay mas mamíferos diurnos que nocturnos, aun cuando la diferencia no sea muy grande.

Solo se conocen algunas especies de monos nocturnos: entre los murciélagos, por el contrario, hay pocos que se dejen ver mientras que el sol brilla en el horizonte. Los insectívoros, los carnívoros, los roedores, los claviculados y los rumiantes cuentan un gran número de especies nocturnas; y de los animales indefensos, varios han adquirido esta cualidad por temor. Los que son fuertes, rápidos en la carrera ó arborícolas, tienen costumbres diurnas; verdad es que poseen mas medios para escapar de sus enemigos.

Por lo demás, sería un error creer que todos los animales nocturnos son cobardes, mas débiles, estúpidos y pesados que los diurnos; basta citar los gatos, las martas y los ciervos, que descansan durante el día y velan de noche, para demostrar lo contrario. Puede establecerse como regla general que los animales indefensos que no se hallan ó no se creen seguros ni aun en su vivienda, son siempre nocturnos.

RÉGIMEN.—La mayor parte de los mamíferos no se ocupan, cuando velan, de otra cosa mas que de buscar su alimento, que es muy variado. Los unos son herbívoros y los otros carnívoros, y casi todos los productos de los dos reinos organizados les proporcionan su alimentación. Los herbívoros comen plantas enteras, yerbas, cardos, musgos, líquenes, ó ciertas partes de las plantas, tales como flores, hojas, frutos, granos, ramas, espinas, cortezas, etc. Los carnívoros se alimentan de otros mamíferos, de aves, reptiles, peces y moluscos; unos comen solo los animales que han matado; otros prefieren los restos corrompidos, y aun hay algunos que, no respetando su propia sangre, devoran á sus hijos.

Esta diferencia de régimen indica que la hay también en los medios de procurarse el alimento: los unos cogen el suyo con las manos; el elefante lo recoge con la trompa, y la mayor parte lo toman con la boca después de asegurarlo con

las patas. Entre los carnívoros, vemos que unos, tales como los quirópteros, los perros, las nutrias, la foca y los cetáceos, cogen su alimento con la boca, mientras que los otros lo hacen con las patas ó las manos; y hay, por último, algunos que lo desentierran con el hocico, como se observa en los topos, las musarañas, los erizos y los cerdos.

Los mamíferos comen mucho, pero relativamente menos que las aves, consecuencia legítima de su menor actividad vital. Después de la comida descansan y se adormecen como los rumiantes, ó se duermen del todo. Son poco inclinados á retozar ó moverse sin necesidad; únicamente los individuos jóvenes se complacen en ello, é incitan á veces á los padres á tomar parte en sus juegos.

Cuando están bien alimentados, los mamíferos tienen el pelo liso y brillante; la grasa se acumula en las mallas de su tejido celular y en las cavidades viscerales para sostenerlos durante el periodo del hambre.

SUEÑO INVERNAL.—Algunos mamíferos no comen en todo el invierno; demasiado pequeños y débiles para poder soportar largo tiempo semejante abstinencia, é incapaces de emigrar á países mas favorecidos, perecerían si la naturaleza no hubiese previsto el caso.

Parece ciertamente que ellos mismos podrian defenderse, mientras profundamente echados construyen calientes habitaciones debajo de la tierra, y colocar en sus aposentos destinados á las provisiones, cuanto bastase á su alimentación; pero la naturaleza se encarga de su subsistencia, y los alimentos allí guardados sirven solo para protegerlos contra el hambre, cuando les es imposible buscarlos en otra parte. Esos mamíferos, que tan propiamente aparecen como los seres protegidos por la naturaleza, no necesitan durante mucho tiempo alimento alguno, sino que viven de su grasa mientras permanecen en el sueño de invierno, tan parecido á la muerte.

Cuando el otoño toca á su fin y comienza el invierno, los invernantes se retiran á sus viviendas, se enroscan formando una bola y caen pronto en un profundo letargo. El corazón late entonces con mas lentitud, los movimientos respiratorios son menos frecuentes, sus miembros se enfrían, adquiriendo cierta rigidez, el estómago y el intestino se vacían y se encogen, y todo el cuerpo queda completamente insensible.

A fin de dar una prueba de ello quiero hacer constar que el corazón de una marmota sumida en el sueño invernal, cuya cabeza ha sido cortada, durante las tres primeras horas que siguen á su muerte, da diez y seis ó diez y siete latidos por minuto al principio, latidos que sucesivamente van disminuyendo, y que su cabeza después de media hora muestra todavía indicios de actividad.

El sueño invernal es una verdadera muerte aparente, sueño durante el cual apenas se manifiesta la vida en el sér; pero ese estado mismo es el que le permite pasar todo el invierno sin alimento alguno.

Si el corazón y los pulmones funcionasen como en estado normal, en poco tiempo se consumiría toda la grasa acumulada durante el estío; con la respiración lenta, por el contrario, las combustiones externas son menos activas, y por consecuencia mas favorables las condiciones para la conservación de la vida.

Hemos dicho mas arriba, que los animales de sueño invernal respiran noventa veces menos que cuando están despiertos, y á esto debo añadir que el calor del cuerpo está en relación proporcionada con tal estado. Un termómetro introducido en el cuerpo de una marmota muerta durante el sueño invernal marcó solo siete grados Reaumur de calor, cuando el calor de la sangre de los mamíferos es por término medio de 28 á 30 grados. Si se expone al frío al animal que duerme, se helará,

si no me equivoco, en una temperatura inferior á la que tiene su sangre durante el sueño; y tambien perecerá si se le comunica un calor brusco; al paso que si poco á poco se le va calentando, se despierta tambien poco á poco y la temperatura de su sangre alcanza los grados usuales. Por lo demás ningun animal invernante puede sufrir varias veces sucesivas ese cómodo despertar; pues cada cambio, durante su sueño, le es perjudicial. De esto se deduce claramente que busque para dormir una cavidad, y que por todos los medios procure hacerla impenetrable al aire y á los cambios de temperatura.

Es muy notable que los lirones, trasportados á nuestro país desde remotos climas, duermen todo el invierno, siendo así que en su patria, únicamente lo hacen durante los grandes calores; pero ya veremos que en la zona tórrida es comparable la estacion de la sequía con nuestro invierno, y no con el verano.

Llegada la primavera, el animal dormido se despierta y empieza á alimentarse con las provisiones que reunió el verano anterior. Al principio duerme aun con frecuencia y mucho tiempo; mas tan pronto como puede abandonar su retiro, manifiesta mucha actividad, siendo aquel el momento de la vida sexual.

Los pequeños mamíferos son los únicos que tienen un verdadero sueño invernal; los grandes, como los osos, duermen días enteros y aun semanas sin probar alimento.

VIAJES.—Algunos mamíferos emprenden á veces viajes para buscar condiciones mas favorables á su existencia; pero ninguno es emigrante como lo son las aves. En ciertas épocas, los lemmings, habitantes de las montañas y llanuras de Noruega, se reunen en manadas numerosas y descienden hácia el sur franqueando todos los obstáculos, aunque sean brazos de mar. Los antilopes del Africa meridional, los renos, los búfalos de la América del Norte, los asnos salvajes, las focas y las ballenas realizan viajes muy largos, y algunas especies de murciélagos hasta siguen un itinerario bien definido, empero todos esos emigrantes son muy inferiores en este concepto á las aves.

REPRODUCCION.—La vida de los mamíferos es mas uniforme que la de las movedizas aves: solo las clases mas inteligentes procuran introducir en esa uniformidad algunos cambios, cuando se trata de la reproduccion.

La gran mayoría de los mamíferos pasa la vida comiendo y durmiendo, pero el período de los amores viene luego á interrumpir esta monotonía. Para unos coincide con la primavera, para otros con el otoño, y para algunos con el invierno, variando el período segun las especies y segun que la gestacion sea mas ó menos larga.

La mayor parte de las hembras dan á luz sus hijuelos en la primavera, época en que la madre y sus pequeños encuentran alimento mas fácilmente. Durante el tiempo de los amores, los mamíferos sufren un cambio que les diferencia mucho de lo que son por lo general. El macho, que durante el resto del año no se cuidaba de la hembra, la busca entonces y se muestra muy agitado; con su amor se desarrolla la pasion de los celos, lucha con sus adversarios y parece provocarlos con sus gritos. Los animales mas cobardes de ordinario, llegan entonces á ser valerosos: la liebre lucha con sus semejantes demostrando relativamente la bravura del leon; el tímido ciervo se hace temerario y peligroso para el hombre mismo; el toro se enfurece; los carnívoros, por el contrario, se muestran mansos que de costumbre.

Los animales cortejan á sus hembras de varios modos: los monos son extraordinariamente importunos y no sufren nin-

gun desden; los perros, por el contrario son sumamente amables, aun cuando la perra se muestre enfadada por sus instancias amorosas; los leones mugen de un modo que parece conmover la tierra, y las leonas gesticulan, como si quisiesen devorar á sus amantes; los gatos maullan con increíble dulzura llenos de ardiente deseo cuando su pasion encuentra resistencia, empero son tan sensibles contra su rival, que sus delicados maullidos se convierten al divisarle en horribles rugidos; los topes encierran á sus hembras momentáneamente en una de sus galerias subterráneas, en cuando se muestra desdenosa, y la dan tiempo para reflexionar; los rumiantes sostienen grandes luchas en honor de sus hembras, y deben mirar cómo un tercero, que se aprovecha del combate, les arrebatara el premio de la victoria, etc. Tambien las hembras se sienten excitadas; conservando á pesar de ello el aire desdenoso que les es propio, muerden y luchan oponiendo resistencia contra los machos que á ellas se acercan, á cuya ternura ceden mas tarde.

En las mas de las especies vuelve á reinar la mayor indiferencia entre ambos sexos una vez pasado el período del celo, y el macho no hace caso ya de la hembra.

Varios rumiantes, pequeños antilopes, y acaso tambien algunas ballenas, son los únicos que viven con su hembra por espacio de un año ó mas. Todos los mamíferos son polígamos.

Ninguna hembra da á luz de una vez mas de veinticuatro pequeños, y pocas hay que paran mas de catorce á diez y seis. Los grandes mamíferos son menos fecundos que los pequeños: en estos solo dura la gestacion tres semanas, que es el tiempo que necesitan para educar sus hijuelos, y las hembras, cuya preñez dura mas de seis meses, nunca dan á luz mas que uno.

El nacimiento se verifica casi siempre rápida y fácilmente, sin que en parte alguna se necesite el auxilio de otro animal compasivo. Una persona que me merece entera confianza, me ha contado que habia observado con sus propios ojos ese auxilio en los gatos caseros, en los cuales un gato viejo rompe con los dientes el cordón umbilical de los pequeños que da á luz una madre jóven; pero ese caso único no puede inducirnos á fundar en él una regla general.

Inmediatamente despues de haber nacido los hijos, su madre los limpia lamiéndolos; ciertas hembras se arrancan el pelo para formarles un blando lecho, pero la mayor parte los dejan sobre la tierra ó en una caverna.

Las placentas que envuelven á los recién nacidos, se las comen muchos animales que no prueban la carne; tal acontece, por ejemplo con la cabra, el antilope y el puercito espin.

Los recién nacidos se desarrollan de muy distinto modo: en los marsupiales, son hasta cierto punto informes, y la madre los deposita en su bolsa ventral, donde sufren una nueva gestacion, completando su desarrollo.

La mayor parte de los carnívoros nacen ciegos y conservan esta singular ceguera una ó dos semanas; los mamíferos que deben tener una vida muy agitada, nacen mas perfectos y siguen durante algunas horas á su madre despues de nacer; pero es necesario darles de mamar mucho tiempo. Las hembras de los mamíferos superiores dan á luz hijos que ven, pero tan débiles, que es preciso los lleve consigo la madre durante algunas semanas; ejemplo de esto tenemos en los monos y los murciélagos.

Entre los mamíferos, la madre demuestra la mayor ternura hácia su prole, y la defiende de todos los peligros arriesgando su propia vida; el macho, por el contrario, no se cuida de ella, y muy lejos de esto, se muestra con frecuencia hostil ó la devora si puede apoderarse de ella. Rara vez contribuye

á cuidarla ó educarla, y no la defiende sino cuando el peligro le amenaza á él mismo. La madre, en cambio, duplica su actividad; ella sola alimenta, limpia, peina, lava y protege á sus pequeños; cuando su leche escasea, caza para alimentarlos; ella sola los educa, los enseña á buscar de comer, á coger la presa, á preparar, á correr y á nadar, y los acostumbra de paso á la obediencia. Por el amor maternal llega á ser maligna, cólerica, y tan peligrosa para los extraños ó enemigos como ingeniosa, dulce y tierna para sus pequeños; de tal modo, que solo para ellos vive. Cuando llega á ser madre, la hembra mas grave condesciende en jugar con sus hijuelos: puede decirse sin exagerar que sus ojos indican el amor, la ternura, el orgullo y la alegría de la maternidad; contemplad una perra, una gata, una cabra, y vereis que ninguna mujer puede estar mas orgullosa de sus hijos. Cuando los jóvenes mamíferos van adquiriendo fuerzas son para nosotros unos seres encantadores.

Puede observarse en todas las madres de la clase de los mamíferos, que su conducta para con sus hijos cambia esencialmente con el tiempo, disminuyendo su ternura hácia ellos á medida que crecen. Los viejos conocen perfectamente el grado de necesidad de los últimos y se esfuerzan generalmente en hacer que sus descendientes puedan bastarse á sí mismos lo mas pronto posible; por eso dejan de amamantarles al cabo de algun tiempo y los acostumbran poco á poco á que ellos por sí solos se procuren el sustento necesario. Cuando se ha conseguido este objeto y el hijo ha llegado á adquirir cierta independencia, desaparecen los sentimientos que entre la madre y el hijo existian y cada individuo vive sin cuidarse de los demás. En las especies mas inteligentes, como el caballo y el perro, vemos que así como la madre y el hijo se desconocen á consecuencia de una separacion, subsisten durante mucho tiempo las relaciones entre hermanos.

CRECIMIENTO.—El tiempo necesario para conseguir la independencia completa del mamífero, varía segun su corpulencia; sin embargo entre los mamíferos terrestres, el hombre es el que tarda mas en llegar á ese estado, por mas que el elefante sea mucho mas corpulento que él.

Es probable que únicamente los grandes multiungulados y los mayores mamíferos marinos vivan mas tiempo que el hombre: el animal envejece mas cuanto mas largo es el período de su crecimiento; los mamíferos de mediana talla llegan á la vejez á los diez y ocho años, otros á los veinte, y pocos hay que cuenten los treinta, edad en que el hombre se halla en toda la plenitud de su vigor. Con la vejez disminuyen las fuerzas, el pelo adquiere un color gris, y ciertos órganos disminuyen; un ciervo viejo tiene las astas menos fuertes que uno jóven.

ENFERMEDADES Y MUERTE.—La muerte no es ocasionada generalmente por enfermedades, prescindiendo de que los mamíferos salvajes son poco propensos á ellas. Sin embargo, obsérvase que en ciertas épocas se declaran entre ellos terribles epizootias, y á veces perecen los pequeños roedores en número tan considerable, que sus cadáveres apestan la atmósfera; pero estos hechos son raros y parece que los grandes mamíferos salvajes no saben lo que es una enfermedad, por lo cual mueren de vejez.

DESTINO DE LOS MAMÍFEROS.—Citando de nuevo á Scheitlin, diré con él: «El animal tiene su destino, y este depende de sus relaciones con la naturaleza y con el hombre, y en parte de su propia voluntad. Con frecuencia debe compartir el hombre la suerte del animal y vice-versa: ambos perecen juntos en el agua, en el fuego ó en los com-

bates: muchos caballos son héroes que las balas parecen respetar, y otros caen al primer tiro. El jóven potro es comprado á precio de oro; se le monta, se le lleva á las carreras ó se le engancha á una carretela, se le alimenta de avena y llega á ser la gloria de su cochero ó el orgullo de su jinete; pero luego se le vende á un alquilador de carruajes, y el hombre brutal le maltrata. Entonces debe servir como esclavo; si cojea, aun le obligan á correr; si pasa á ser caballo de posta, su suerte no mejora por eso, queda al fin tuerto ó cojo, sus ijares gotean sangre continuamente; un campesino le compra luego por algunos escudos, le alimenta de paja, le harta de golpes, y por último, despues de caer diez veces en un camino, perece ó se le mata sin compasion. Este es el destino de muchos caballos, y hay perros, osos y búfalos cuya suerte es análoga, pues ellos son tambien una especie de jornaleros y toda su vida no es mas que un continuo trabajo. Despues de tener una posicion envidiable, se ven reducidos á la miseria; despues de vivir en la abundancia, mueren de hambre; brillan un día con el vigor de la fuerza y la juventud, y á poco envejecen, enferman y se debilitan. Felizmente para el animal, no tiene este la conciencia de su destino; no deberia olvidar el hombre que los animales son capaces de distinguir entre los buenos y los malos tratamientos!

«Otros animales son felices toda la vida: mas de un pernillo es tan querido como una criatura; se le acaricia, se le abraza; tiene un puesto en la mesa y se le dan sabrosos alimentos; si enferma, prodiganle todos los cuidados del médico, y si muere, se le llora y se le entierra. Muchos perros dóciles é instruidos son mas felices que la mayoría de los hombres; juegan, piensan, viajan, participan de los pasatiempos de su amo; y aun se da el caso de que se vaya á llorar sobre su tumba. Se ven perros inútiles y caballos ciegos á los que se da solícitamente su pitanza hasta que les llega la última hora, al paso que hay hombres que la merecerian mucho mejor, ó que cuando menos tienen mas necesidad del alimento, y en los cuales no se piensa nunca. El animal tiene su destino.»

UTILIDADES.—Los pocos mamíferos domésticos que acabamos de citar no son los únicos cuya vida y cuerpo ha sabido apropiarse el hombre; ha sometido tambien á su dominacion otras especies con las cuales no comparte su morada. Para llevar fardos ó servirle de bestia de tiro ó de silla, tiene el asno, el caballo, el elefante, la llama, el camello, el buey, el búfalo, la cabra y el perro; para la guerra, el caballo, el camello, el elefante y el perro; para la caza, el perro, el caballo, y el elefante, el icneumon, el huron, la nutria, el gato, el erizo y hasta un hemipiteco. Como animales de recreo, tiene los monos, el perro, el caballo, la ardilla y la marsopla, sirviéndole tambien el perro para guardar sus ganados. El hombre arrebatara al hamster y al arvicola sus provisiones: se alimenta de la carne de seis especies de bueyes, cuatro de cerdos, tres de carneros, dos de cabras, de todas las especies de ciervos, del oso blanco, del oso negro de América, del gloton, de la nutria, de la foca, de muchos marsupiales, de los agutis, de las liebres, de los conejos, de las chinchillas, del gerbo, del puercito espin, de las ardillas, del liron, de la marmota, del castor, de la rata almizclera, del camello, de la alpaca, de la vicuña, del cervatillo almizclero, de los antilopes, del caballo, de los asnos salvajes, del tapir, del rinoceronte, del hipopótamo, del elefante y de todos los mamíferos marinos. El camello, el veso, la cabra, la vaca, la burra y la oveja le proporcionan su leche: el tejon, el gloton, las hienas, los ciervos, el almizclero, el carnero, el buey, el cerdo, el cachalote y la ballena le suministran medicamentos. El oso blanco, el oso negro de América, el tejon, el gloton, la hiena-civeta, el lobo, los zorros, los linceos, los